



«Cuornuciello»

Cenedith Herrera Atehortúa

Sobre la hierba, bajo la sombra de los pinos, mi ojo y yo solemos jugar a adivinar la forma de las nubes; hemos pensado siempre que la forma de las nubes es una prolongación caprichosa de las montañas —¡y vaya usted a saber a quién se le ocurre tamaño antojo!—, una reproducción de la vida en la tierra como un reflejo en el agua. Tal vez el ojo de un gigante, tan antiguo como el mundo, nos adivina también desde arriba porque para los seres antiguos nosotros dejamos de ser, tal como ellos dejaron de ser para nosotros; ambos somos como las estrellas: asomos del pasado.

Quizá esto sea una locura —ya habrá enfatizado usted la palabra «locura»— que pasa por la mente infantil de un cíclope que escapó de casa para acostarse sobre la hierba. Quizá... Por eso cierro mi ojo para no dejarme arrastrar por duermevelas de medio día.

Sobre la hierba, bajo la sombra de los pinos, mi ojo mira la forma de las nubes; cada una es un reflejo de su iris — ¿será este el hacedor de esas formas? Mi ojo me cuenta del origen de las cosas, y al nombrarlas, se van haciendo una tras otra... Cada palabra es la voz de los antiguos, el comienzo de nuestros pasos sobre la tierra... Hay susurros que hacen el palpitar de nuestra sangre y, como en un nacimiento primigenio, existimos... Todo lo nombrado es en sí mismo... Y somos, a la vez, pasado y presente escribiéndose en líneas de tiempo distintas, haciendo eso inasible que es el futuro.

Quizá esto sea una locura —le escucho a usted decir en voz alta— que pasa por la mente infantil de un ser de muchos mundos que vive sus días recostado sobre la hierba. Quizá... Por eso abro mi ojo para enfocarme en el ahora, porque el mañana es incierto.

Hay ciertas formas que exigen mayor atención para poder nombrarlas... Y en ellas el tiempo sigue siendo un instante, tan solo una convención humana para definir el paso de los días... No sé si sea o fui... En este preciso momento, el teclear

de mis dedos se escribe a sí mismo para intentar contar... Es mi ojo quien ordena estas palabras —acabo de sentir cómo me deslizo por el lenguaje en un ejercicio que va de mi ojo hasta mis dedos—... El ejercicio de escribir exige una cierta conciencia que a veces extravío, y en ese desvarío, no hallo la forma perfecta para decirme... Soy un ojo entregado a la tarea de narrar...

Bajo las sombra de los pinos es escasa la luz... Pero si miro al cielo, ahí sigue estando el mundo por encima de mi ojo... Parpadeo y sigue allí, aunque las formas cambien de manera constante y deba adivinar de nuevo su forma... Parpadeo y mi ojo, su mirada, mira y nombro... El ojo mira otro ojo como a sí mismo... Es un juego que me divierte hacer, porque sé que en este ejercicio cobra sentido lo que soy: un narrador de las cosas que ve, un narrador ciclópeo, un hacedor de palabras... Un hacedor de formas.

—Le hemos encontrado culpable a usted de los cargos señalados —dijo el juez al hombre tuerto que miraba con insistencia el cielo claro en esa mañana de lunes; afuera, la sombra de los pinos refrescaba el edificio donde hacía ya siete meses estaba recluido. Su abogado había apelado a la demencia, seguro de que un diagnóstico médico de esa naturaleza lo libraría de su crimen.

—Es un de-men-te— dijo el abogado en su defensa, enfatizando cada sílaba de la palabra demente —ya habrá enfatizado usted, como en un *déjà vu*, la palabra «demente»—...

—Le hemos encontrado culpable de atentar contra su propia vida, al querer, de a poco, eliminar partes de su cuerpo; por fortuna, le hemos atrapado en flagrantia por lo que deberá usted, bajo estricta vigilancia, purgar cadena perpetua en esta prisión, bajo el cuidado médico y policial, teniéndose que someter, además, a tratamiento, hasta el final de sus días, con medicamentos antipsicóticos de última generación, esto con el fin de evitar daños a su propia persona...

Sobre la hierba, bajo la sombra de los pinos, yo, un condenado al encierro, echo de menos a mi ojo izquierdo... Ese ojo que se aventuró a equivocarse en el juego de adivinar la forma de las nubes.

CENEDITH HERRERA ATEHORTÚA. Medellín, Antioquia, 1981. Historiador por la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Coordinador del área de Patrimonio de la Casa de la Cultura Caldas, Antioquia. El cuento «Cuornuciello» fue preseleccionado en el IX Concurso Nacional de Cuento Biblioteca EPM «Historias que se entretajan», entre los 306 cuentos. En dialecto napolitano, se conoce como *cuornuciello*, *curniciello* (u otras variantes) a un cuerno pequeño considerado portafortunas.